

Felipe IV); allí Guido Reni; allí Francia; allí Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Andrea del Sarto, Rubens, Rembrant, Van-Dyck, Salvator Rosa, Poussin, Pordenone, Perugino, Frá Bartolomeo, Bronzino, Correggio, Luini... ¡allí todos!

Y allí está también la famosa *Venus* de Cánova; que reemplazó en la Tribuna de Uffizi á la *Venus de Médicis*, cuando los franceses se apoderaron de esta y se la llevaron á París.

La *Venus* de Cánova sale del baño y se enjuga con un lienzo. Mas que la madre de Cupido, parece una estatua del *Pudor*. De cualquier modo, es bellísima, y Florencia la saludó con un grito de entusiasmo el día que fue espuesta al público, llamándola *Venus Itálica*, esto es, adoptándola como hija de la nación y digna rival de las *Venus* griegas.—Ya veremos nosotros dentro de poco si la escultura de Cánova puede compararse á la de Cleomenes. La *Venus de Médicis* ha vuelto á Italia, y nos espera en la tribuna de *Uffizi*.—Volemos en su busca.

La *Galería degli Uffizi* es mucho mas rica, mucho mas variada, mucho mas célebre que la que acabo de describir.—Así es que rara ha sido la mañana que no la he visitado al paso, al ir ó al volver de *Pitti*, sin contar los días que he entrado en ella á las once de la mañana y no he salido hasta las cuatro de la tarde.

En *gli Uffizi* hay 1,800 obras de arte; pero no ya solamente pinturas; sino también esculturas magistrales antiguas y del Renacimiento, broncees, vasos, camafeos, un museo etrusco, piedras grabadas, piedras preciosas, trabajos en marfil, inscripciones, etc.

Entre las pinturas, que pasan de 1,200, figura una coleccion de *cuatrocientos retratos de pintores*, pintados *por ellos mismos*!...

Esto os dará una idea de la importancia y riqueza de aquella galería, fruto del amor de los Médicis á las bellas artes: amor que heredaron, como una tradición patria, las otras dinastías que han reinado despues en Florencia.

La obra maestra, la primer maravilla de la galería *degli Uffizi*... pero ¿qué digo? la obra maestra del arte en general; la primera maravilla del mundo, al decir de la mayoría de los críticos; la joya de Florencia; la que por sí sola atraería innumerables peregrinos á esta ciudad, es la *Venus de Médicis*, esculpida en Atenas, cerca de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, por el célebre *Cleomenes*, hijo del gramático Apollodoro, y encontrada hace 500 años en Tivoli, cerca de Roma, en la *villa* Adriana, donde estaba sepultada bajo escombros seculares, como tantos otros prodigios artísticos de la antigüedad.

La *Venus de Médicis*,—llamada así porque la adquirió Florencia en tiempo de un gran duque de esta familia,—es (dicen los florentinos) á las demás *Venus*, lo que *Venus* era á las demás diosas. También puede aplicársele á ella lo que decia Ovidio de la *Venus* de Praxiteles que se veneraba en el templo de Gnido, «que si estaba inmóvil, era solamente porque la magestad divina se lo exigia.»—Roma y Nápoles poseen otras *Venus* griegas de extraordinario mérito; pero declaran desapasionadamente que son inferiores á la *de Médicis*: no así los fran-

ceses, que tratan de hacer creer al mundo que la *Venus de Milo* vale mucho mas que la que nos ocupa... ¿Sabeis por qué? Porque la *Venus de Milo* está en París... No por otra cosa.—A lo menos yo, que he visto y admirado varias veces la noble escultura griega trasladada hace algunos años á las orillas del Sena, la hallo muy lejos de poder competir con la que he encontrado á las orillas del Arno.—Y como yo, opinan todos los no franceses que han visto entrambas maravillas.

Conviniendo, pues, en que la *Venus de Médicis* es la mas bella obra del arte, comprended la emocion con que la habré contemplado. Si tanta satisfaccion, si tanto orgullo causa al hombre el encontrarse en cualquier extremo material ó moral; si tanto me ufané hace dos meses porque tenia delante el monte mas alto de Europa; si tanto se engrie el que ha visto la muerte de cerca, el que ha avanzado hácia los polos mas que ningun otro navegante, el que ha tenido en la mano el primer libro que se imprimió, el que ha subido á la torre de Strasburgo, el que ha saludado la Pirámide de Cheops, el que ve al Papa, el que sufrió dolores inauditos; si tanto respetamos las supremas gerarquias de la prioridad, del tamaño, de la distancia, del peligro, de la vejez, del infortunio, del poder, de la novedad, de la rareza... ¡cuánto mas no debemos respetar, cuánto mas no debe envanecernos el haber admirado el extremo de la hermosura, la suprema gerarquía del arte! el ver el limite del genio humano; el contemplar el modelo de la belleza mortal; el conocer, en fin, á la mujer de piedra á quien han dicho tantas generaciones:—Tú eres la perfeccion de la forma; tú eres mas hermosa que todas las beldades amadas por los hombres; tú eres el noble tipo de la mujer ideal, la Eva del deseo, la Helena de los poetas, la madre del Amor.

De dos maneras hay que considerar á la *Venus de Médicis*: como mujer y como escultura, ó sea como modelo y como ejecucion.

Empezando por figurarnos que es una criatura viva, diremos que es de mediana estatura, quizás algo pequeña (4 pies, 7 pulgadas y 8 lineas); jóven, muy jóven; pero bastante adolescida (lo que son las griegas á los 15 años); no delgada, pero fina, ática, sóbria de contornos; correcta y pura en la plenitud de sus hechizos; esbelta y voluptuosa.—Está completamente desnuda, de pie, en una púdica actitud, tratando, sin conseguirlo, de ocultar con sus manos (1) los tesoros de su cuerpo. Su rostro es un prodigio de hermosura... pero ¿qué digo? Toda ella parece modelada por las Gracias. ¡Qué suavidad de contornos! ¡qué armonía de proporciones! ¡qué morvidez! ¡qué magestad y precision de líneas! ¡qué trabazon de miembros! ¡qué perfeccion y qué hechizo!

Yo no sé dónde está la norma de la hermosura humana. Digo mas: yo he dudado alguna vez de que haya reglas que presidan al gusto, y hasta he hablado con respeto de la estética de los chinos, de los etioopes y de los indios de América... Pero ahora me arrepiento de haber sostenido tales paradojas, y creo firmemente que la raza caucasiana es el prototipo del género humano. (¿Por qué

(1) Los brazos han sido restaurados.

no ha de serlo en lo físico, si lo es en lo moral?)—El bello ideal de la mujer ha de residir, pues, en el gusto de esa raza, y aun me atrevería á decir que ese gusto es un instinto de nuestros ojos.

Ahora bien, la *Venus de Médicis* es el modelo abstracto de la hermosura femenina, tal como la concibe la imaginación de los europeos; tal como nos la reveló la naturaleza al florecer nuestra juventud; tal como lo persiguen artistas y cantores; tal como Dios debió fijarla al crear á nuestra madre Eva.

La *Venus de Médicis* causa el mismo efecto que el cielo, que la música, que el amor de madre, que todo lo absoluto: complace el ánimo; serena la imaginación; infunde sosiego; pacífica, aletarga, desvanece.—La vista se solaza en no encontrar el límite de la belleza: la sensación que resulta es indivisible, infinita: diríase que se vislumbra allí la eternidad.—Y ¿por qué no? La verdad es eterna, y la hermosura absoluta no es otra cosa que la verdad.—Bondad, verdad y belleza son un solo principio, que se llama Dios.—Y esta Venus ha sido esculpida para ídolo de un pueblo que adoraba á Dios en el altar de la hermosura.

Considerada como estatua, la *Venus de Médicis* es todo lo que hemos dicho; ¡todo eso... fingido en mármol!—Hé aquí el resumen de su elogio.

Creyérase, sin embargo, que la ficción es la piedra, no la mujer.—Quiero decir que se duda de que tal piedra exista.—Aquel ser alienta; aquella carne palpita; aquellos dintornos no están friamente precisados; aquella figura está *compuesta, colocada* por sí misma.—Tanta armonía no puede ser prestada. Tanta belleza no puede ser agena.—Así es que llevais la mano á la beldad con púdico temor, creyendo que va á sentirlos, que vais á ofenderla, que va á moverse, que puede huir, y os asombra tocar el duro Paros, sentir el frío de la mentira, como otras veces habreis sentido el de la verdad, y convenceros de que la *Venus de Médicis* no existe; que solo existe, ó por mejor decir, existió hace dos mil años, un escultor que se llamó Cleomenes, el cual fue, como si dijéramos, el Rafael de una religión que nadie profesa ya sobre la tierra.

Tan singular portento no se halla solo en la *Tribuna degli Uffizi*.

Aquella *Tribuna* es una especie de santuario del arte, en que se han reunido para que hagan compañía á la obra soberana de Cleomenes, otras cuatro estatuas griegas, escogidas entre las muchas que encierran las demás salas, y veinte ó treinta cuadros, que son otras tantas joyas de la pintura, escogidas también entre cientos y cientos de obras capitales.

Las estatuas son tan famosas, que basta nombrarlas para que los amantes del arte comprendan cuánto habré yo gozado en aquel maravilloso recinto.

Allí está el célebre *Apollino* de Praxiteles...—Allí el *Arrotino* (amolador), que otros llaman el *Espía*... Allí los renombrados *Luchadores*... Allí el *Fauno bailando*, admirablemente restaurado por Miguel Angel...—¡Cuánto pudiera decir de cada una de estas inmortales estatuas, tan perfectas, tan vivas, tan elocuentes, tan simbólicas!

De los cuadros que cubren las paredes, citaré solamente algunos, deteniéndome á hablar de muy pocos.

El primero que llamó mi atención, por el contraste que hacia con la *Venus de Médicis*, fue una *Venus* de Ticiano, toda desnuda, tendida en un revuelto lecho, pintada con aquel prodigioso color en que no tiene rival el ilustre hijo de Venecia, bella sobre toda ponderación, y superior en mi concepto á las demás *Venus* del mismo artista.



Lagunas de la campiña de Roma.

En cuanto al contraste que he indicado, consiste en que la *Venus* del pintor cristiano es sumamente sensual, pagana, lúbrica... mientras que la del escultor gentil es pudorosa, tímida y recatada, según dejamos dicho. Aquella toda es materia: en esta predomina el espíritu. La una habla á los sentidos: la otra á la imaginación. La florentina es la hermosura natural: la griega es el ideal del arte.

También encierra la *Tribuna* seis cuadros del divino Rafael, que son: un *Retrato de una mujer*, que parece hermana mayor de la Magdalena Doni de

Pitti;—una magnífica y muy bien conservada repetición del *Retrato de Julio II*; —la *Madonna del Cardellino* (del Gilguero) añiada, mas que modesta, sublime sin embargo, y para la cual debió de servirle de modelo la menor de las *Doni*;—el conocidísimo *San Juan en el desierto*, y digo conocidísimo, porque hay muchas copias de él en Europa, (copias hechas en el mismo taller de Rafael por sus ilustres discípulos, y tan parecidas al original que llegaron á confundirse con él)—la *Madonna del Pozo*, acaso la menos bella de todas las que creó el de Urbino, muy parecida á la mayor de las hermanas *Doni*;—y últimamente, un *Retrato de mujer*, que unos dicen ser la *Fornarina*, mientras que otros lo niegan, no faltando quien dude que sea obra de Rafael.

Si es ó no la *Fornarina*, ya lo juzgaremos por nosotros mismos cuando veamos en Roma retratos incontestables de aquella célebre belleza: en cuanto á si es ó no de Rafael, yo soy de los que se inclinan á negarlo. El pintor de las Virgenes no dió nunca muestras de ser gran colorista, y la *Fornarina* de Uffizi es un prodigio de *color*. Como quiera que sea, la figura de que hablamos es una hermosísima mujer y una hermosísima pintura. En la mujer no se cansa uno de admirar los negros y ardientes ojos, la altiva y serena frente, la cariñosa boca, las formas atrevidas del talle, aquellas trenzas negras coronadas de mirto, y aquella suave tez de los brazos y del cuello, bajo la cual parece que se ven fluir torrentes de calorosa sangre. En la pintura todo es perfecto: el dibujo, el color, el movimiento de la figura; aquella piel de pantera que pende de uno de sus hombros, aquel *tono* de las carnes, y muy principalmente aquella inteligencia magistral del claro-oscuro, que hace destacarse del cuadro á la beldad, hasta el punto de que cree uno posible envolverla y estrecharla entre sus brazos.

Mencionaré, por último, entre los demás cuadros que adornan aquel lugar, una *Sagrada Familia* de Miguel Angel, tres *Escenas de la vida de Cristo* por Mantegna; una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto; un *San Gerónimo* de nuestro Ribera, y un retrato de *Cárlos V despues de la abdicacion*, á caballo, paseándose por la orilla de un mar alborotado, obra de Van-Dick.

En las demás salas de la galería he admirado muy particularmente las esculturas, y entre ellas el famoso *Jabalí griego*; el *Baco*, el *Adonis moribundo*, y el busto de *Bruto*, obras las tres de Miguel Angel; la célebre cabeza del *Fáuno*, ejecutada por el mismo á los quince años; un bellissimo *Ganimedes* antiguo, restaurado por Benvenuto; el *Orador*, gran estatua de bronce, que unos creen romana y otros griega; el busto de *Cosme I de Médicis* y el *Casco* y el *Escudo* de Francisco I, por Benvenuto Cellini; y finalmente, el renombrado *Mercurio* de Juan de Bolonia, uno de los mayores prodigios de la escultura del Renacimiento.

De las pinturas que encierran aquellas salas, no diré una sola palabra: tanto es lo que me ocurre que decir; tan innumerables son las que allí he admirado.—Tampoco hablaré de un tercer Museo (el de la *Academia de Bellas-Artes*), lleno tambien de maravillas, ni del *Cenacolo de Foligno*, atribuido á Rafael, ni del *Museo Etrusco*, ni del *Egipcio*, ni de siete *Bibliotecas* públicas, en que hay

millares de tesoros de libros raros, de manuscritos, de grabados y de autógrafos...

Y no hablaré de nada de esto, y en adelante seré mas parco en descripciones y enumeraciones de obras de arte, porque no se me oculta que este libro se desnaturaliza y que la relacion de mi viaje se amana.

Esto es muy natural, y á todo el que recorra la Italia le acontecerá lo que á mí me ha sucedido.—Italia es un vasto museo, en el cual el hombre mas indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, á Dios gracias), acaba por aficionarse á él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponia estudiar en esta tierra, para no pensar mas que en estatuas, cuadros, monumentos y antigüedades de todo género.—Y es el caso que á medida que se baja por la península, estas antigüedades, estos monumentos, estos cuadros y esculturas son mayores en número é importancia. Despues de Florencia... Roma, el panteon de los siglos: despues de Roma... Nápoles, reflejo de la Grecia, y teatro hoy de la resurrección del mundo pagano, cuyos espectros de mármol se alzan todos los dias de entre las cenizas de la muerta Pompeya y del sepulcro de lava que encierra el cadáver de Herculano...—Hablar de todo esto seria cuento de nunca acabar.

Lo anuncio, pues, desde ahora (y nadie me acuse de irrespetuoso, de poco atento, de indiferente á la magestad del arte): será muy posible que en la prosecucion de este escrito me veais pasar al lado de grandes obras de escultura, de pintura y de arquitectura, sin hacer siquiera mencion de ellas, ó citándolas muy someramente, por mas que yo las haya contemplado con sumo detenimiento... Pero, os lo repito, las condiciones de esta relacion y el objeto de mi viaje se desnaturalizarian completamente si hubiera de nombrar uno por uno todos los portentos artísticos que me esperan en Roma y Nápoles, y aquellos de que no he hablado en Florencia.—Básteos saber que los catálogos, los sucintos catálogos de los Museos de Pitti y Uffizi, de los Museos del Vaticano y el Capitolio, de las Galerías particulares de Roma, del Museo Borbónico de Nápoles y de las Ruinas de Pompeya, forman otros tantos volúmenes, y que todos juntos sumarian una obra tres veces mas voluminosa que la que me propongo dar al público.

En cambio de las pálidas enumeraciones que omitiré, volveremos á ocuparnos con preferencia de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visitemos, así como de los sucesos que amenicen mi viaje, lo cual no impedirá que cuando se levanten á nuestra vista obras tan maravillosas y escepcionales como *San Pedro* de Roma, como el *Coliseo*, como el *Juicio Final* de Miguel Angel ó como las *Loggie* de Rafael, nos detengamos delante de ellas y les consagremos algunas páginas.

Con que emprendamos el camino de nuestra enmienda, y antes de abandonar la capital de la Toscana, demos algunos toques más al cuadro que hemos empezado de nuestra vida y costumbres en las encantadas márgenes del Arno.

Os decia que desde las doce hasta las tres ó las cuatro de la tarde, permaneciamos en los Museos, Bibliotecas y Academias. A esta hora dábamos de mano

al estudio, y nos íbamos á *Lungo l'Arno*, donde tomábamos un coche que nos llevaba á *le Cascine*.

Le Cascine (las *Queseras*, llamadas así de unas *lecherías* que pertenecian al Gran Duque) son en Florencia lo que el *Bosque de Boloña* en París, lo que la *Fuente Castellana* en la villa de San Isidro; el paseo de buen tono, el lugar de cita de toda la gente que arrastra coche y de la que tiene buenos pies. *Le Cascine* se hallan al Oeste de Florencia, ente el Arno y el ferro-carril, y forman un vasto laberinto de alamedas, de umbrosos bosques y de praderas amenísimas en que pacen tranquilamente innumerables ganados.

Por todas aquellas calles de árboles discurren millares de ginetes y de coches. Los trenes mas lujosos pertenecen á extranjeros, sobre todo á ingleses y moscovitas. Los ingleses suelen ir en *brakes*, faetones y otros grandes carruajes de campo, sobre los cuales se ven apiñados en filas, ó espalda con espalda, viejos, niños, interesantes jóvenes, criados, nodrizas, tribus enteras. Los florentinos elegantes guían esos diminutos vehículos llamados cestas, en los cuales corren desesperadamente como en una *regata*, ocasionándose apuestas y caídas que divierten mucho á las damas principales.

Esto os recordará como á mi los carros romanos.

Otros montan en esas jaquitas, gráficamente denominadas *ratas*, ágiles y revoltosas como verdaderos diablos, que se hallan á un mismo tiempo en todas partes, puesto que no corren, sino vuelan, y permitidme la exageracion. En cuanto á los jóvenes de la clase media (de los cuales ya hablaremos detenidamente mas adelante), van á *le Cascine* en omnibus por la insignificante cantidad de dos cuartos: allí se apean y pasan la tarde haciendo resonar sus espuelas ó crugiendo su látigo, como si acabasen de dejar detrás de algun árbol el caballo y el *jokey*, y luego, entre dos luces, toman otro omnibus, que los lleva por otros dos cuartos á la *Piazza di Ognissanti*.

Pero la gran particularidad de este paseo es el alto ó parada que hace todo el mundo en un sitio llamado *il Piazzone*, delante del *Instituto Agrario*.

De allí parten ó allí vuelven todos los ginetes y todos los carruajes que recorren en dispersion las varias alamedas de *le Cascine*. Allí hay todas las tardes una especie de tertulia ó de exhibicion de damas y galanes, que debe de ser sumamente grata á unas y otros. Las damas permanecen en sus coches (estrechamente agrupados,) y entablan coloquios de ventanilla á ventanilla, mientras que los galanes, dejando sus caballos á los *jokeys*, discurren de aquí para allí, saludando á las elegantes florentinas, recordando las conversaciones de la tarde anterior ó de la noche pasada, ó citándose para la siguiente en tal baile ó tal teatro.

Entre aquella brillante multitud he visto dos tardes al gran poeta *Niccolini*, al Quintana de Italia, al amigo y condiscipulo de Silvio Pellico y de Manzoni.

El autor de *Giovanni da Procida* y de *Arnaldo da Brescia* es hoy un anciano octogenario, cubierto, como Rossini, de una rizada peluca rubia, y adorado y venerado por toda Florencia.

Las obras de Juan Bautista Niccolini, especialmente sus últimas tragedias, respiran un ardiente patriotismo que ha contribuido no poco á hacer popular en Italia la idea de la unidad.

Suyo es tambien un terrible soneto digno de Dante, que saben de memoria todos los italianos y muchos que no lo son, y que yo voy á permitirme estampar á continuacion, no sin advertir, para mayor asombro de mis lectores, que Niccolini lo *improvisó hace dos años*, esto es, á los setenta y seis de edad.

En cuanto al asunto ó título del soneto, no lo sé á punto fijo.

Los versos dicen así:

Meretrice dei re non sol tu sei,
ma concubina d'ogni vil soldato
che ai nostri danni qui discenda armato,
prodiga di te stessa á tutti i rei.

Gridi á tutti i tiranni: ¡Oh figli miei!
ed il sangue dei popoli versato
dalla mano che armasti, ognor ti é grato;
lo oro vi lavi é benedici a lei.

Ognun dice di te: Dio prende á scherno,
ed oro é sangue é sangue ed oro agogna
inebriata del furore eterno.

Precipitasti sí nella tua fogna,
che nulla á far ti resta, e nell' Inferno
anche il Borgia di te senti vergogna!

Amenizan, por fin, aquellas tertulias de *le Cascine*, las célebres *floristas* de Florencia, y perdonad la cacofonia.

Estas floristas son por lo regular hermosísimas jóvenes de los alrededores de la capital (*contadine*), lujosamente vestidas con una saya corta de vivos colores, medias encarnadas, un gabancillo redondo, y el clásico sombrero de paja, de alas amplísimas, en que cifran su mayor lujo.—Hay sombrero de estos que vale 1,000 ó 1,500 reales: son finísimos, y sumamente graciosos: el ala anterior se dobla lánguidamente hácia atrás: la otra ala les cae hasta la cintura.—Así corren de coche en coche aquellas discretas campesinas, con un elegante cesto lleno de flores colgado de un brazo y un ramillete en la otra mano: así asaltan á todo el mundo, ligeras como mariposas, repartiendo flores á diestro y siniestro, sin previa consulta y sin pedir nada; y se van; y luego vuelven, y os miran y sonrien, y vuelven á irse si tratáis de devolver el ramo; hasta que al fin teneis que darles lo que se os antoja, pues las flores no tienen valor en Florencia, y entonces la *contadina* os dice algunas lisonjeras frases, y se deja requebrar un poco, y se pone lo mas bonita que puede, y acabais por comprender que ella es la mejor flor de su mercado... Pero ya es tarde para hacer semejantes reflexiones; pues la mariposa está lejos de vosotros, libando en otro bolsillo, ó ha emprendido, saltando y brincando, el camino de su aldea.